# La manta de la primera nevada

Por Shyvirelle

Cada primer día de nieve, Lidia sacaba al patio una manta de lino con cuarenta y nueve cuadrados. No la usaba para taparse. La extendía sobre una mesa y esperaba a que un copo cayera en el centro del cuadrado que tocaba completar aquel invierno.

Luego, antes de que el copo perdiera su forma, seguía con una aguja el borde de cada brazo y cada pequeña ramificación. No bastaba con inventar una estrella parecida. Las puntadas tenían que recorrer el mismo contorno, sin saltarse una punta ni añadir otra. Cuando terminaba, el copo quedaba prendido en la tela, visible como una forma blanca y transparente. No enfriaba la manta. No mantenía helada la habitación. Era simplemente nieve, guardada de una manera que nadie en el pueblo conseguía explicar.

Lidia había aprendido el oficio de su tía, que decía que una costura podía sostener una forma pero no detener el tiempo en todas las demás cosas. El hilo envejecía; el lino se ensuciaba; las manos perdían firmeza. Y bastaba descoser la unión entre dos cuadrados para que los copos sujetos a aquellos bordes empezaran a deshacerse en agua común.

Por eso Lidia protegía las costuras de unión más que el dibujo de las estrellas. Su manta era una colección de inviernos, y también un mapa de todas las veces que había elegido no abrirla.

---

El invierno de la última columna llegó tarde. El pueblo despertó bajo una nube ligera y vio caer nieve solo durante unos minutos. Lidia salió con la manta y puso un cuenco sobre cada esquina para que el viento no la levantara. Esperó hasta distinguir un copo de seis ramas cortas que cayó sobre el cuadrado libre. Sus manos empezaron a seguirlo.

Entonces oyó llamar a la puerta del patio.

Era Darío, el hijo de la panadera. Tenía los zapatos mojados y una caja de lápices bajo el brazo. Había corrido desde la calle del molino para no perder la nevada. Su hermana pequeña, Vera, llevaba varios días sin poder levantarse de la cama y había pedido que le trajera algo de aquella primera nieve.

—Se ha derretido en el camino —dijo, mostrando un frasco vacío—. Quería un poquito para mezclar los colores. Dice que si pinta la nevada desde la ventana siempre parece una sábana, y que el agua de hoy le ayudaría a hacer otro gris.

Lidia señaló el alero. Las últimas motas blancas se habían convertido en gotas sucias sobre el canalón.

—Puedo darte agua de la jarra.

—Ya le dije que era lo mismo —admitió Darío—. Me pidió que la trajera igual.

La costurera se quedó mirando la manta. El copo nuevo se había deshecho antes de que acabara su contorno. En el cuadrado cuarenta y nueve no había quedado nada: ni una

estrella fallida, ni siquiera un hilo a medio cerrar. Los otros cuarenta y ocho conservaban el dibujo de años anteriores.

—Tengo nieve de otras primeras nevadas —dijo Lidia—. No es la de esta mañana.

Darío miró la manta como se mira un armario en el que alguien guarda algo que nunca se presta.

—Vera puede escoger el color aunque no sea de hoy.

Lidia no respondió. El primer cuadrado, en una esquina, llevaba el copo que había cosido con su tía. Había tardado tres intentos en comprender la diferencia entre seguir una rama y bordar una rama bonita. Era el dibujo menos regular de la manta, y por eso mismo el que mejor recordaba.

---

Sobre la mesa del taller colocaron un vaso pequeño, un cuenco y una cuchara. Lidia enseñó a Darío la costura que unía dos cuadrados antiguos.

—Si suelto este hilo, no saldrán copos volando —explicó—. Se convertirán en unas gotas. El agua no curará a tu hermana ni hará que pinte mejor. Solo será agua.

—Eso es lo que quiere llevar en el frasco.

Lidia empezó a descoser. La primera unión cedió sin ruido. Las dos formas blancas a cada lado temblaron; sus brazos perdieron el borde preciso y se volvieron brillantes. El lino se humedeció. Darío inclinó el cuenco para recoger las gotas que corrían por una arruga.

—Son pocas —dijo.

—Siempre fueron pocas.

Abrieron otra unión, y otra más. Las estrellas no explotaron ni oscurecieron la tela: se borraron con la paciencia del agua que encuentra un camino. Lidia no tocó los cuadrados centrales, donde había guardado la nevada del año en que nació su hijo. Prefirió abrir la fila exterior, que había visto caer sobre tejados distintos cuando todavía era aprendiz.

Al cabo de un rato, reunieron unas gotas de agua clara en el fondo del frasco de Darío. Bastaban para probar el primer gris. El niño cerró la tapa como si llevara algo frágil.

—No tendrás la manta entera —observó.

—Nunca estuvo entera de la misma manera. Cada año cambiaba un cuadrado.

Pero era una respuesta incompleta. Antes podía señalar cada copo y decir de qué día venía. Ahora quedaban huecos de lino húmedo donde había guardado inviernos que no regresarían. Lidia extendió la manta para secarla y vio cómo el agua marcaba una línea oscura entre los dibujos supervivientes.

---

Por la tarde, Darío volvió con una hoja gruesa doblada. Era un dibujo de Vera: tres manchas grises formaban las calles, y desde una ventana salía una línea de color azul. Al lado había pintado un frasco diminuto con un punto blanco dentro. No había copos de seis brazos, ni estrellas perfectas.

—Se acabó el agua antes de terminar el tejado —explicó Darío—. Después usó la de casa. Dice que no se notó dónde cambió.

Lidia miró la hoja con cuidado. En la esquina, Vera había dejado una mancha sin pintar: un pequeño recuadro blanco rodeado de gris.

—Eso, ¿qué es?

—La parte que no vio.

El niño no lo dijo como una tristeza. Lo dijo como si señalar lo que faltaba fuera una forma de dibujarlo también.

Lidia le ofreció una silla y le enseñó a cerrar las costuras abiertas. No cosieron nuevas estrellas sobre los cuadrados vacíos. Unieron las piezas por donde el lino había secado, despacio, sin ocultar las puntadas diferentes. Al final, la manta conservaba cuarenta y tantos inviernos y varios lugares sin dibujo. El último cuadrado, el cuarenta y nueve, seguía completamente libre.

—El próximo año te tocará buscar un copo —dijo Darío.

Lidia pasó la mano por la tela vacía. Había querido completar aquel último cuadrado por sí misma para que la manta tuviera cuarenta y nueve copos y una historia que terminase con sus propias manos. Ahora esa idea le resultaba extraña. La manta siempre había necesitado a alguien que mirase la nieve antes de que desapareciera.

—El próximo invierno traerás a Vera, si puede venir —dijo—. Y si no, llevaré la manta junto a su ventana. Quiero que sea ella quien elija el copo y dibuje su borde. Yo podré enseñarle a pasar el hilo después.

—¿Aunque el suyo no sea igual a los demás?

—Precisamente por eso.

Darío se marchó con el dibujo de su hermana y las manos manchadas de tiza de costura. Lidia colgó la manta a secar. Los huecos ya no brillaban; no guardaban frío ni prometían que pudiera recuperarse el agua. El último cuadrado seguía blanco, abierto a una forma que ella todavía no conocía.

Afuera había dejado de nevar. Dentro, por primera vez en muchos años, Lidia no sintió la necesidad de inventar cómo sería la siguiente estrella.